

Pase usted primero,  
beso a usted la mano,  
de ningún modo,  
de ninguna manera.

Comtesse:

Votre coeur es un pájaro,  
un tierno pajarito prisionero en la jaula del pecho,  
que suspira de amor por un dulce bigote apasionado,

porque j'aime,  
tu aimes,  
il aime,  
si olvidasteis que el mar es como un fondo neutro para el *flirt*,  
si no fuera incorrecto hablaros de la orificada tortilla  
y comparar vuestro traje color de vino  
con un rubí derretido.

<sup>44</sup> Obras completas, II, 404.

<sup>45</sup> Ob. cit., pág. 115.

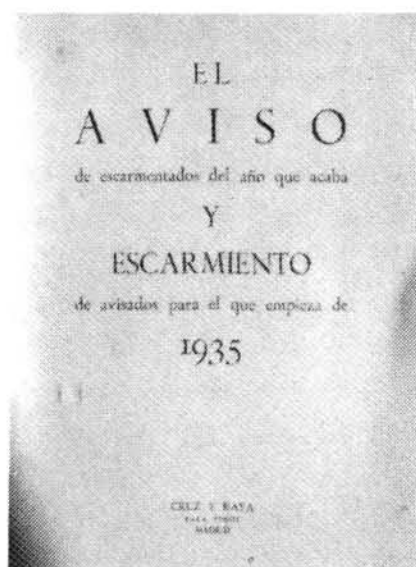
<sup>46</sup> Es posible que, además, haya otros recuerdos orteguianos diluidos. El título mismo del poema, unido a la imagen del corazón como pájaro «prisionero en la jaula del pecho», hace pensar en un artículo de Ortega dirigido a Zenobia Camprubí y publicado en *El Sol* el 3 de febrero de 1918 (O.C., III, 17-20). En él, tras recordar «aquellos crepúsculos inolvidables» en que Zenobia «reunía a sus amigos en torno al té y al cake», evocaba la historia narrada por Tagore en *El cartero del Rey*: «Es la historia más sencilla del mundo; pero cuando la hemos oído, parece que el corazón se nos escapa del pecho, como un pájaro asustado». No ignoro, sin embargo, que hay otros precedentes posibles. Así, Ramón Gómez de la Serna, *La sagrada cripta de Pombo*, Madrid, G. Hernández y G. Sáez, 1924, pág. 505: «Tapar tu corazón para no verle, como una codorniz, moverse en la jaula de tus costillas».

Se diría que nos hallamos frente a un poema humorístico cercano al disparate —de gran tradición, por otra parte, en nuestra literatura— y que no hay más que dejarse llevar por él o, a lo sumo, apreciar la desenfadada parodia de una conversación plagada de fórmulas pertenecientes a la cortesía más convencional e inane. Pero todo cambia si nos detenemos en los últimos versos citados: «Si no fuera incorrecto hablaros de la orificada tortilla/ y comparar vuestro traje color de vino/ con un rubí derretido». Porque la tortilla «orificada» es un préstamo deliberado: se encuentra en el artículo de Ortega *Conversación en el «golf», o la idea del «dharma»*, cuando el autor habla del sol que ilumina la escena: «Bajo sus rayos, todo se transmuta en oro, especialmente la tortilla que acaban de servir, tan auténticamente orificada que, al comerla, el apetito se vuelve casi avaricia»<sup>44</sup>. Este párrafo había sido destacado por Benlliure y Tuero, que comentaba a continuación: «¡Preciosa nota de color, sinfonía en amarillo! ¿Pero qué deja usted para cuando llegue la mayonesa?»<sup>45</sup>. Alberti no zahiere; simplemente, parodia. Y, además, sin tener el texto delante, como sugieren los versos «y comparar vuestro traje color de vino/ con un rubí derretido». Probablemente ha operado aquí el recuerdo aproximado de otro pasaje del artículo de Ortega en que se lee lo siguiente: «—¡Bien por el *dharma!* —dijo la ninfa agudísima, apoyando luego el rubí de sus labios en el gran rubí del vaso donde el sol se diluía en borgoña». Que el artículo orteguiano es el texto subyacente a estos versos es indiscutible; lo prueba el hecho de que el poema incluye más adelante una nueva alusión, con dos versos que no requieren comentario: «¿Cree usted seriamente que la filosofía es como un cigarrillo/ o unos pantalones de golf?»<sup>46</sup>. La composición del poema debe de situarse en una fecha cercana a la de la escandalosa conferencia de Alberti en el Lyceum Club de señoras, donde, junto con alguna cita bur-

lona del artículo de Ortega, Alberti recordaba en un momento determinado ciertos versos de Valle-Inclán con estas desdeñosas palabras: «Versos que por su pretendido contenido aristocrático, por su empalagoso y cargante perfume a vida de alta sociedad, hallan, *aún hoy todavía*, su clara prolongación en los piropos filosóficos que don José Ortega y Gasset, desde los escenarios, suele susurrar, como una caricia, en honor del eterno femenino»<sup>47</sup>. No se diferencia mucho este punto de vista del expresado más acremente por Benlliure. La ruptura se había consumado. Pero atrás quedaba *Cal y canto*, y las conmemoraciones gongorinas que Ortega había hecho estampar en la *Revista de Occidente*: la instalación de la poesía española «a la altura de los tiempos». En ese juego permanente de acciones y reacciones, en esa larvada y permanente querrela entre antiguos y modernos, la figura de Ortega, con sus aciertos y sus errores, desempeñó un papel fundamental, y ayudó a evitar fracturas innecesarias y empobrecedoras, gracias a una diligente y generosa atención a unos y a otros. Las rupturas acabaron por producirse, no obstante, pero sus promotores no pertenecían ya al ámbito del arte ni de la literatura, sino a otros más prosaicos y utilitarios y, a la larga, más cruentos.

<sup>47</sup> Vid. *la ed.* *Prosas encontradas 1924-1942 a cargo de R. Marrast, Madrid, Ayuso, 1970, pág. 36. Y añádase lo que cuenta Alberti en La arboleda perdida, ed. cit., págs. 287-295.*

## Ricardo Senabre



Almanaque de Cruz y Raya



Luis Cernuda